

Entonces llamó:

—¡Hermencia!

Una lugareña horrible y anciana, rugosa y encojida, presentóse diciendo:

—¿Qué ocurre?

—Que no ceno en casa esta noche.

—Y ¿dónde cena usted?

—Con los caballeros militares.

Tuve tentaciones de pedirle que llevase á la sirvienta, para ver el gesto de Marchas ante aquel esperpento, y no me atreví, preguntándole:

—¿No habrá quedado en el pueblo alguna señora que pudiese también acompañarnos? Me complacería invitarla.

Reflexionó, recordando, buscando, y dijo:

—No queda ninguna.

Insistí:

—¿Ninguna? Señor párroco, piénselo bien, haga memoria. ¡Sería tan agradable cenar esta noche con señoras! ¡Aunque las acompañen sus maridos!... El panadero y su mujer, el abacero, el... el relojero..., el zapatero..., el boticario y la boticaria... Tenemos buena cena, buen vino, y nos complacería mucho dejar un agradable recuerdo entre las familias del caserío.

El cura volvió á meditar un buen rato, y de pronto dijo resueltamente:

—No; no sé de nadie que pudiera servirles.

Riendo, le dije:

—¡Caramba, señor cura: es aburrido eso de no encontrar una reina, después de prepararlo todo, escondiendo un haba en el asado! Reflexione usted. ¿No está casado el señor alcalde? ¿No habrá un concejal casado? ¿No tiene mujer el secretario? Y ¿tampoco el maestro?

—Las tienen; pero se han ido todas.

—Y ¿es posible que no haya en el pueblo una heroica burguesa, con su correspondiente burgués, á quienes podamos ofrecer un rato agradable; por





que lo sería para ellos, ¡y mucho!, en estas circunstancias?

De pronto el cura comenzó á reir estrepitosamente; retemblaba todo su corpachón, estremecido por la risa, y exclamó:

—¡Ja, ja, ja! ¡Ya di con lo que ustedes necesitan! ¡Jesús, María y José! ¡ya di con ello! ¡Ja, ja, ja! Nos divertiremos lo indecible... Y ellas lo agradecerán..., lo agradecerán mucho. ¡Ja, ja, ja, ja! ¿Dónde se alojan ustedes?

Le describí la casa, no sabiendo cómo explicárselo, y me comprendió.

—¡Muy bien!—dijo—. Es la casa del señor Bertin Lavaille. ¡¡Dentro de veinte minutos me presentaré con cuatro señoras!! ¡Ja, ja, ja! ¡Cuatro señoras!... ¡¡Cuatro!!

Salió conmigo riendo sin cesar, y al separarse de mí, repitióme:

—Perfectamente. Dentro de veinte minutos, ¡allí estamos!

Volví á mi alojamiento, de prisa, intrigado, sorprendido.

—¿Cuántos cubiertos?—me preguntó Marchas al verme.

—Once. Seis húsares, el cura y cuatro señoras. Se quedó estupefacto. Yo saboreaba mi triunfo.

—¡Cuatro señoras! ¿Dijiste cuatro señoras?

—He dicho cuatro señoras.

—¿Mujeres... de verdad?

—¡Mujeres de verdad!

—¡Diablo! Mi enhorabuena.

—La merezco.

Levantóse de la poltrona y abrió la puerta. Entonces pude contemplar, cubierta con un blanco mantel, una larga mesa, en torno de la cual tres húsares con delantales azules distribuían los cubiertos, los platos y la cristalería.

—¡Vienen señoras!—gritó Marchas.

Y los tres se pusieron á bailar, aplaudiendo con entusiasmo.

Todo estaba dispuesto. Aguardamos casi una hora. Un olor delicioso de aves asadas esparcíase por todas las habitaciones.

Un golpe dado en el postigo nos hizo levantar á todos; el gallardo Ponderel corrió hacia la puerta de la calle, y á los pocos momentos presentóse una hermana de la Caridad, rugosa, flacucha, tímida, saludando uno por uno á los cuatro húsares, que la miraban asombrados. Tras ella, oyóse una especie de martilleo en el vestíbulo, y cuando la hermana entró en el aposento, vi que la seguían tres ancianitas con sus cofias blancas, balanceándose al an-





dar, con distintos movimientos; una inclinábase á la derecha cuando la otra perdía el equilibrio hacia la

izquierda, y todas buscaban apoyo en sus bastones. Las tres iban cojeando, arrastrando las piernas, lisiadas por las enfermedades y desfiguradas por la vejez; eran tres inválidas, las únicas recogidas capaces de andar, entre todas las que tenía la hermana San Benito á su cuidado en el piadoso Refugio.

La hermana de la Caridad aguardó—cuidadosa y solícita siempre—á que hubieran entrado sus tres asiladas, y luego, dirigiéndose á mí, dijo:

—Le agradezco mucho, señor oficial, un obsequio tan inesperado por mis pobres ancianas. ¡La vida no tiene ya goces para ellas! Usted quiso agasajar esta noche su vejez y su miseria. Es una dicha muy grande y un honor inmenso que las infelices nunca olvidarán.

Vi al cura, que se había quedado en el pasillo riendo á más no poder. Tampoco yo pude refrenar la risa, contemplando la geta de Marchas.

Luego, dije á la hermana de la Caridad:

—Nos ha honrado usted mucho, al aceptar nuestra invitación. Siéntense.

Acercó á la chimenea tres sillas, ayudando á las inválidas, que se fueron sentando una tras otra. Las despojó de los abrigos y de los bastones, para que se quedasen más libres y más cómodas, y refirién-



dose á la primera, descarnada y ventruda, hidrópica seguramente, dijo:

—Presento á ustedes la señora Paumelle, cuyo marido se mató cayéndose de un tejado, y cuyo hijo fué muerto en Africa. Tiene setenta y dos años.

Refiriéndose á la segunda, muy alta, con la cabeza temblona, prosiguió:

—La señora Juan-Juan; tiene sesenta y ocho años y está casi ciega y muy coja, de resultas de un incendio habido en su casa, donde se abrasó.

Refiriéndose á la última, una enana con los ojos como huevos duros, imbéciles y saltones, dijo:

—Es la Potais: una simple. Tiene cuarenta y ocho años, y representa más que las otras.

Después de saludar á las tres mujeres, con tanta ceremonia como si se tratase de Altezas Reales, dije, dirigiéndome al cura:

—Es usted un hombre admirable á quien debemos todos eterna gratitud.

Los húsares rieron, exceptuando Marchas, que se puso furioso.

—¡La señora está servida!—gritó en esto Karl Massouligny.

Rogué al sacerdote que pasara delante y ofrecí ayuda, galantemente, á la señora Paumelle, á la cual arrastré hasta el comedor, con mucho trabajo; su

vientre inflado parecía pesar á la infeliz, como si fuera de hierro.

El gallardo Ponderel cargó con la señora Juan-Juan, que lamentaba no servirse de su muleta; y el joven Herbón condujo á la idiota, entrando con ella en el comedor perfumado por los manjares.

Cuando estuvo cada cual junto á su silla, la hermana de la Caridad dió tres palmadas, y las tres mujeres, con la precisión de soldados que presentan las armas, hicieron la señal de la cruz, rápidamente. Luego el sacerdote pronunció con lentitud las palabras latinas del *Benedicite*.

Ya sentados, vimos llegar las dos gallinas, en manos de Marchas, que se decidió á servir para excusarse de ocupar un puesto en aquel banquete ridículo.

Pero, yo grité: «¡Pronto; el champagne!» Saltaron los tapones ruidosamente, como pistoletazos, y—á pesar de la oposición del cura y de la hermana San Benito—los tres húsares hicieron tragar á las tres inválidas, aplicándoselas á los labios finamente, sus copas llenas.

Massouligny, para cuyo carácter expansivo no había obstáculos en el mundo, amoldándose de continuo á las circunstancias, galanteó á la señora Paumelle, de muy graciosa manera. La hidrópica, siem-



pre campechana, como si no sintiera sus desdichas, contestábale oportunamente, con voz atiplada que parecía fingida, riendo las bromas de su galanteador tan estrepitosamente, que su redonda y fenomenal barriga, retemblando, parecía disponerse á saltar y correr sobre la mesa. El joven Herbón se había propuesto emborrachar á la idiota, y el barón d'Estreilles, que no tenía un ingenio muy sutil, divertíase interrogando á la señora Juan-Juan, acerca de la vida, las costumbres y el reglamento del Refugio.

La hermana de la Caridad, inquieta, dijo á Mas-souigny:

—¡Oh! Se pondrá mala riendo. Es demasiada risa; no la provoque usted más, caballero; no la provoque usted; ¡se lo suplico!

Y levantándose, acercóse á Herbón para evitar que vaciase otra copa entre los labios de la imbécil.

El cura, reventando casi de risa, exclamaba:

—¡Déjelos! Por una vez... No las hará daño... Déjelos que se diviertan.

Después de las dos gallinas habíamos comido el pato, al que acompañaban las palomas y el mirlo. Apareció la oca, humeante y dorada, esparciendo un perfume caliente de carne tostada y grasienta.

La Paumelle, animándose, batió palmas; la Juan-Juan puso fin á las referencias que la sonsacaba el

barón, y la Potais articuló gruñidos que manifestaban su alegría, suspirando y chillando ansiosamente, como lo hacen los niños pequeños cuando se les enseña una golosina.

—¿Me permiten ustedes—preguntó el cura—que trinche yo esa pieza? Es mi especialidad, y pocos me aventajan.

—Trinche usted, señor cura, trinche usted si le place.

La hermana de la Caridad, cuidadosa, insinuó:

—¿Les molestaría que abriese un poco la ventana? Las infelices ya están muy sofocadas; hace aquí mucho calor y temo que se pongan enfermas.

Dirigiéndome á Marchas, dije:

—Abre la ventana un minuto.

Abrió. Entrando el aire frío de la calle hizo parpadear las llamas de las bujías y subir más rápidos, retorciéndose, los vapores de la oca, manejada primorosamente por el cura.

Le veíamos trinchar, silenciosos, atentos á su tarea, espoleados por el apetito renaciente á la vista de la hermosa pieza dorada, cuyos miembros caían uno tras otro en la obscura grasa de la fuente.

De pronto, interrumpiendo aquella tranquilidad glotona, oyóse un tiro lejano.



Me puse de pie con tal prontitud, que mi silla rodó por el suelo, y ordené:

—¡A caballo! Marchas: con dos jinetes, ¡a escape! Supongo que volverás, trayéndome noticias, antes de cinco minutos.

Los tres húsares, á galope tendido, se perdieron en la obscuridad, mientras yo aguardaba con los otros dos, á caballo también, frente á la reja, y el cura, la hermana de la Caridad y las tres mujeres, asomaban á la ventana sus rostros despavoridos.

Sólo se oían los ladridos de un perro en el campo. Había cesado la lluvia, pero el frío era glacial. Pronto resonaron de nuevo los cascos de un caballo. Volvía sólo uno.

Reconociendo á Marchas, preguntéle:

—¿Qué ocurre?

Y me respondió:

—Nada. Francisco disparó contra un labriego que se obstinaba en desatender al «¿Quién vive?», callando y avanzando. Lo traen herido. Ya veremos ahora si la herida es de importancia.

Nos apeamos y ordené que volvieran los caballos á los pesebres. Los dos soldados que se habían quedado conmigo salieron al encuentro de los otros.

El cura, Marchas y yo, pusimos unos colchones

en el suelo de la sala, y la hermana de la Caridad, rasgando una servilleta, preparó hilas, mientras las tres inválidas, aturdidas, fueron á sentarse á un rincón.

Pronto percibí el golpeteo de los sables arrastrados; tomé una bujía para salir al encuentro de los húsares; llegaban cargados con un bulto inerte, alargado, lacio y siniestro; así queda el hombre cuando su energía vital se acaba.

Le dejaron sobre los colchones, y al pronto comprendí que la herida era de muerte.

Agonizaba con estertores angustiosos, y escupía sangre; ¡todo él estaba impregnado en sangre! Sus mejillas y su barba y sus cabellos y su frente y su pecho y sus ropas; todo ensangrentado, como si le hubieran sumergido en un baño de sangre. Y la sangre coagulada, endurecida, terrosa y sucia, ofrecía un aspecto espantoso.

Envuelto en un largo capote de pastor, entreabría de cuando en cuando los ojos taciturnos, pálidos, inexpresivos, que parecían asombrados, como los de las reses que mata el montero, y que le miran, derribadas á sus pies, moribundas, aturdidas por la sorpresa y por el espanto.

El cura, exclamó:

—¡Ah! Es Plácido, el viejo pastor de los Molinos.



Como es muy sordo no habrá oído nada. ¡Oh, Dios mío! ¡Han matado á un infeliz!

La hermana, que había desabrochado ya la blusa y la camisa, miraba el pecho del viejo, un agujerito violáceo que ya no sangraba.

—Es irremediable—  
dijo.

El pastor, jadeante, angustioso, continuaba escupiendo borbotones de sangre. Oía



se resonar en su garganta una gargarización continua y siniestra.

El cura, de pie, á la cabecera, levantó la mano describiendo la señal de la cruz, y pronunció, con voz lenta y solemne, las palabras latinas que redimen. Antes que las hubiese terminado, agitó al infeliz un rápido estremecimiento, como si algo acabara de romperse en él. No respiró más; había muerto.

Al volver la cara vi un espectáculo más terrible que la muerte de aquel desgraciado; las tres mujeres, de pie, apretujábanse, llorando; repugnantes, gesticulando ridículamente, de angustia y de horror.

Me acerqué á ellas y comenzaron á lanzar agudos gritos, queriendo escaparse, como si fuese á matarlas; temerosas de morir como el otro. La Juan-Juan, cayó al suelo al primer paso, porque no la sostenía su pierna quemada.

La hermana San Benito, apartándose del cadáver, corrió en auxilio de sus inválidas, y sin decirme ni una palabra, sin mirarme siquiera, las puso los abrigos, las dió los bastones y las muletas, las condujo hacia la puerta, las hizo salir, y desapareció tras ellas en la obscuridad impenetrable de la noche.

Comprendí que no sería oportuno hacerlas acom-



pañar por un húsar. El golpeteo del sable las hubiera horrorizado.

El cura miraba fijamente al muerto.

Dirigiéndose á mí, al cabo, dijo:

—¡Ah! ¡Qué torpeza! ¡Qué infamia!



## EN EL BOSQUE

EN el momento de sentarse á la mesa para almorzar, supo el alcalde que había llegado á la Casa de la Villa el guarda del Concejo con dos detenidos.

En seguida salió á enterarse de qué se trataba, y, efectivamente, halló al guarda, el tío Hochadur, de pie, vigilante, sin quitar ojo á un señor y una señora, ya maduros, como si temiera que tratasen de huir.

El señor era gordo, con la nariz enrojecida y el pelo blanco; parecía muy abatido por aquel suceso; mientras que la señora, regordeta, peripuesta, con las mejillas relucientes, miraba con ojos insolentes al guarda que los había capturado.

El alcalde preguntó:

—¿Qué ocurre, Hochadur?

El guarda hizo su denuncia.